

Patrimonio cultural: conservar y tutelar el pasado, intervenir en el presente. Reflexiones sobre los pescadores del Mediterráneo*

ALBERTO BALDI**

CULTURAL HERITAGE: PRESERVING AND PROTECTING THE PAST AND INTERVENING IN THE PRESENT. There is nowadays in Italy a renewed interest in both artistic and cultural goods. This term refers to the complex heritage of folkloric goods, objects or not, which is an evidence of the varied popular, rural, alpine and seafaring Italian traditions. Instruments and products of minor arts, artistic and refined craftsmanship, also intended for the production of manufactured objects of daily use, utensils, rural work and fishing techniques, signs and symbols of popular devotion all undergo scientific reflection, salvage and bringing out activities in museums and exhibitions through interactive and multimedia tools. Giving a merely expository function to this kind of goods is nevertheless impossible. As a matter of fact they also are a link with the past and with a present which still has more or less outstanding marks of a traditional cultural universe. In this way they can become a tool to better interpret the dynamics of change, the causes of friction and crisis in the light of the cultural "faults" of the typical social context that has to be analysed. In a research commissioned by the European Community, we have re-used a patrimony of data and knowledge on work techniques, instruments and economic management of traditional fishing in the Mediterranean Sea. The goal of the above-mentioned research was to find out the reasons of an economic and "cultural" crisis in Spanish, French and Italian fisheries. Folkloric data made possible to understand the modalities through which a productive universe depending upon values, hierarchies and old, sometimes archaic customary laws can not unaffectedly accept legislative interventions imposed from the outside and the above and which weaken not only the productivity of the fishery business but also a consolidated conception of world and life.

En una Italia que arrastra desde siempre el problema de la tutela de su vasto patrimonio artístico, renace cíclicamente, como está sucediendo en estos años, un interés por el patrimonio cultural, al que se están dedicando iniciativas diversificadas para su recuperación y protección. Cursos universitarios y de especialización postuniversitaria, programas para la formación de investigadores *ad hoc*, patrocinados por entidades y oficinas regionales, son una realidad; además, hace pocos meses se inauguró en Turín la primera edición del "Salón del patrimonio artístico y cultural".

Aunque la expresión *patrimonio cultural*, en su conjunto, no designe y circunscriba un universo definido específicamente de bienes del patrimonio cultural, entre éstos se encuentran también, generalmente, los bienes folklóricos.

Bien visto, el actual y renovado interés por estos bienes del patrimonio cultural no caracteriza sólo al actual clima cultural, siempre ha existido, sobre todo entre los estudiosos italianos de las tradiciones populares, ya desde el siglo XIX, la idea de tener que tutelar el complejo y multiforme universo del patrimonio

* Este artículo se publica con la contribución del Centro Interdipartimentale di Ricerca Audiovisiva per lo Studio della Cultura Popolare dell'Università degli Studi di Napoli "Federico II".

** Investigador del Departamento de Sociología de la Università degli Studi di Napoli "Federico II".

folklórico. En muchos casos esta idea se ha concretado en vastas investigaciones sobre el terreno, en amplias recolecciones, en iniciativas expositivas y de museo. Tanto por la cultura material como por la poesía y el canto o por los usos y las costumbres, en diferentes niveles y escalas, se han analizado, conservado y preservado del olvido los frágiles objetos de estudio, las diversas formas y los variopintos modos en los que una cultura se materializa: el idioma, las técnicas y los instrumentos del trabajo cotidiano y doméstico, la producción artística popular y religiosa. Se ha tratado de operaciones llevadas a cabo, obviamente, basándose en motivos ideológicos y políticos que han cambiado con el tiempo, ya sea para buscar en la cultura popular los rastros de una autenticidad y de una espontaneidad primigenia en contraposición a la artificiosidad de un saber oficial y culto según la visión romántica, para individualizar, en la producción popular, las raíces históricas y la identidad étnica de la nación, como sucedió con la Muestra y el Primer Congreso de Etnografía Italiana que tuvo lugar en Roma en 1911, en ocasión de las celebraciones del Cincuentenario de la Unidad Italiana, o para garantizar y reforzar un consenso, sobre todo en el mundo rural y popular, como intentó hacer el fascismo a través de la promoción de muestras etnográficas locales, provinciales y regionales, destinadas a enfatizar el trabajo agrícola y las tradiciones campesinas (Cirese, 1985; Clemente *et al.*, 1985; Fedele y Baldi, 1988).

Incluso para el actual intento de valorar nuestro patrimonio cultural, no habría que excluir oportunos cálculos políticos en operaciones que llamen la atención inmediata, en donde más que de investigaciones rigurosas conviene hablar de “inteligentes” y superficiales maquillajes.

Todo esto tiene que ver también con un “nuevo Renacimiento” —aunque la expresión quizás puede crear un excesivo optimismo—, con un deseo difundido de volver a descubrir, conocer y tutelar el patrimonio de tradiciones que se materializa en iniciativas nacidas no sólo a escala estatal y con financiamientos públicos, sino también de administraciones provinciales, entidades privadas y asociaciones voluntarias. Estas iniciativas se deben a la mayor sensibilidad de una opinión pública capaz de recoger y apreciar los significados y valores que hoy día se le atribuyen al patrimonio cultural.

La naturaleza prevalente en estas iniciativas es museográfica y expositiva: se abren al público colecciones privadas, renacen sobre todo pequeños museos esparcidos en territorios más o menos amplios que se intenta integrar a través de la creación de “redes de museos” basadas en sistemas de consulta

informatizada e interactiva a distancia, se amplía una bibliografía especializada en donde ya sea como guía o repertorio (Maffei, 1993; Togni *et al.*, 1997) o como debate científico, se informa de nuevos museos, de cambios de estructuras, de los fines y funciones de estrategias innovadoras expositivas y multimedia.

Así pues, recuperación, estudio y reproposición del objeto folklórico, reintegrado “virtualmente” en el contexto y en la época de origen a través de soportes hipertextuales y “concretamente” dentro de un recorrido turístico y del tiempo libre, más propenso, como se ha dicho antes, a conjugar cultura y evasión.

También la Universidad desempeña su papel. Buttitta en Sicilia, Lombardi Satriani en Calabria, Cirese en Lacio, Clemente también en Lacio y antes en Toscana, Seppilli en Umbría, son sólo algunos de los docentes que, junto a otros colegas de sus sedes universitarias respectivas, se están dedicando desde hace muchos años a una labor de investigación, estudio y valorización de los objetos demoantropológicos.

También yo me ocupo, desde hace tiempo, de la recuperación, análisis, tutela y reproposición de los objetos folklóricos en la zona meridional, a través del Centro Interdipartimentale di Ricerca Audiovisiva per lo Studio della Cultura Popolare de la Universidad de Nápoles, del que formo parte junto a Mazzacane, Ranisio y, la directora, Amalia Signorelli.

El Centro integra y guarda bancos de datos audiovisuales informatizados o en vías de ser informatizados y presentados en Internet, relativos a contextos urbanos, rurales y marineros de los ámbitos de la fiesta, de la religiosidad y de la devoción, de los oficios tradicionales urbanos, campesinos y pesqueros, de la arquitectura tradicional de la ciudad, de las costas y del interior, del teatro de animación, de la fotografía familiar y de la prensa popular.

Partiendo de los archivos relacionados especialmente con las culturas marineras y, más en general, de los conocimientos adquiridos a través de las campañas de investigación llevadas a cabo para alimentarlos y ampliarlos, hemos podido acercarnos de forma diversa al patrimonio cultural, sin tener que tratar su reutilización y nueva función en museos y exposiciones. La ocasión nos la ha ofrecido un estudio que la Comunidad Europea me encargó a mí y a otros colegas franceses y españoles, destinado al análisis de la crisis en la que se encuentra el mundo de la pesca en la cuenca del Mediterráneo (Giovannoni *et al.*, 1996). Concretamente, lo que se nos pedía era comprender los motivos de la profunda desconfianza, de la obstinada intransigencia, del rechazo a cualquier forma de diálogo, en definitiva, del aislamiento en el que la mayor parte de los pescadores prefiere encerrarse y permanecer, haciendo

oídos sordos a las normas y a los incentivos económicos otorgados por los gobiernos nacionales y por la Comunidad, para reglamentar y rehabilitar el sector. Por esta razón, tras una serie de investigaciones económico-políticas, el estudio se asignó a los antropólogos.

Por un lado, las causas de este “diálogo entre sordos” han sido la incapacidad del funcionario o del legislador que, al contrario que el pescador, tendría los instrumentos y la posibilidad que le ofrece su formación cultural para conocer y entender el contexto social al que pretende imponer una serie de normas que de repente cambian la situación preexistente. De hecho se ha intentado introducir una política llamada de “armonización”, pero sobre todo de progresiva reducción de las diferentes y múltiples técnicas de pesca que se llevan a cabo en las costas italianas, francesas y españolas, porque se les considera responsables del empobrecimiento o de la excesiva fluctuación de las reservas de peces que, en realidad, es la resultante de una fenomenología más compleja y no generalizable.

Por otro lado, de frente a este intento de reglamentar o, mejor dicho, de someter a la pesca, el pescador reacciona intentando eludir, evitar o quitarse el problema, que es lo que la tradición, hasta ahora, le ha enseñado a hacer.

Hemos pensado, por ello, que nuestro trabajo consistía en hacer de intérpretes de las dos partes, sugiriendo las características de un diálogo, el único posible según nuestro parecer, basado en el conocimiento recíproco de los respectivos puntos de vista, modos de interpretar la situación y formas de resolverla.

Hay que decir, sin embargo, que nos ha parecido prioritario dar la voz, en primer lugar, al pescador, operación bastante problemática no sólo porque quien nos encargaba el trabajo presuponía, de alguna manera, una cierta alineación de los investigadores, sino también porque se tenían que adoptar las estrategias más oportunas para establecer un contacto “efectivo” con las diferentes categorías de trabajadores de la pesca, el cual nos permitiera individualizar y afrontar juntos los puntos problemáticos de la cuestión y comprender “su” percepción de la crisis, sobre la que quizás nunca se le había preguntado. Existían estudios acerca del tema que habían favorecido, en cambio, la relación con las asociaciones de la categoría (Weber, 1992) y otros que enfrentaban el problema desde un punto de vista económico, jurídico y de gestión (Sandberg, 1994; Palsson, 1994).

Nos ha parecido oportuno partir del tema del trabajo en el mar en su acepción más amplia, es decir, como un conjunto de conocimientos especializados que se pasan de padre a hijo, pero también como una

condición existencial, casi como una filosofía de vida, en una perspectiva diacrónica y sincrónica al mismo tiempo.

Y es ahora cuando entran en juego los diferentes archivos audiovisuales sobre el patrimonio cultural marineramente del citado Centro Interdepartimentale de la Universidad de Nápoles. Han resultado fundamentales los datos, informaciones, fotografías y testimonios orales, especialmente sobre las labores marítimas, los diferentes sistemas, técnicas y aparejos de pesca actuales y antiguos y la organización y la gestión de la empresa pesquera. Este “sustrato etnográfico”, con la aportación de otros estudios llevados a cabo en puertos y calas del Mediterráneo italiano, francés y español, nos ha permitido reconstruir la percepción y la valoración que el pescador tiene de su propio trabajo, así como la visión que tienen las gentes del mar de la crítica coyuntura actual y del futuro de su actividad.



Por tanto, se trata de patrimonio cultural entendido como instrumento de conocimiento e interpretación para volver, a través de una conversación sobre el trabajo, a los cimientos de una cultura, al sistema de valores sobre el que un grupo humano construye y basa su propia existencia y determina su relación con los otros.

Partir del trabajo, hablar del trabajo, ha sido, según nuestra opinión, una solución fecunda.

El “oficio” como condición constante de la existencia misma del pescador, día y noche, en el mar y en tierra, con los compañeros de viaje y en familia, durante el tiempo laborable y en las fiestas, tiende, si no a identificarse en la misma entidad cultural del hombre de mar, sí a asumir un papel fundamental en su construcción. La consecuencia es que reglamentar e inhibir la actividad de la pesca no significa sólo poner en crisis las bases económicas sobre las que un grupo se sustenta, sino también, probablemente, amenazar su existencia cultural, la de una concepción del mundo y de la vida que puede ser “arcaica” pero que por ese mismo motivo está fuertemente enraizada y que hasta hoy ha sido funcional para la supervivencia de las poblaciones costeras y pesqueras, lo que ha permitido a este grupo afrontar la singular lucha cotidiana con el mar y con la “gente de tierra”.

La supervivencia económica y física de la empresa pesquera se basa en la capacidad de elaborar respuestas adecuadas y pertinentes a un contexto caracterizado por la inestabilidad y por la mutabilidad, en un régimen existencial donde la precariedad es una condición cotidiana y no excepcional, la cual, al no poder ser evitada, se “adopta”.

Surgen así técnicas e instrumentos de pesca esenciales, intercambiables, con un grado de selectividad modificable y una precisa y minuciosa definición y organización de las tareas en relación con los papeles jerárquica pero no rígidamente establecidos, donde de cada miembro de la tripulación se espera, cuando es necesario, la realización de labores diferentes.

Mazzacane ha observado que el nudo marinero es un indicador significativo de una mentalidad predispuesta necesariamente a tener que afrontar frecuentemente lo imprevisto y a resolverlo, a “deshacerlo” con soluciones diferentes cada vez y obligatoriamente eficaces (Mazzacane, 1989: 12-13). El nudo ata, une con firmeza pero, para que realmente sea seguro, se tiene que deshacer con rapidez.

En este sentido se pueden explicar las frecuentes migraciones de los pescadores, sobre todo de la Italia centromeridional, las cuales hasta cierto punto se pueden definir y situar en la tradicional distinción entre migración temporal y definitiva, derivadas de la

exigencia de correr detrás de los peces, según sea la consistencia de los bancos, el mes de aparición o la dirección tomada, así como de la continua búsqueda de “plazas”, de mercados más ventajosos.

Estamos, por tanto, ante un oficio altamente especializado, caracterizado técnicamente por una gran versatilidad y por una predisposición efectiva a la frecuente movilidad.

Las dificultades se afrontan preferentemente evitándolas, del mismo modo que se intenta evitar, hasta el último momento, un temporal cambiando la ruta. Esta característica del pescador, vista desde “tierra”, ha pasado a ser una visión estereotipada de un carácter, solitario, huidizo, intratable, cabezota, fuertemente individualista.

Lo que parece o quizás sea individualismo, tiene sus raíces en la independencia casi total en la que el pescador quiere, y también debe, adoptar las decisiones justas, una condición típica de un oficio llevado a cabo en soledad, que obliga a asumir directamente las propias responsabilidades. De igual forma, la obstinación es, a menudo, la expresión de una profunda y radicada tenacidad, indispensable para afrontar un trabajo que es de los más duros, difíciles e inciertos, tanto desde el punto de vista de la rentabilidad como de la seguridad.

La misma referencia a los fenómenos migratorios nos sirve también para subrayar la tendencia del pescador a no identificarse con su región de origen, es decir, con un lugar determinado, sino sólo con el trabajo, con “su oficio”. El pescador no puede buscar y basar su identidad cultural exclusivamente en el lugar de origen, en el recuerdo de afectos y contextos, de valores y normas de una tierra de la que el mar lo separa y lo aleja.

Así pues, el pescador restablece y consolida sus horizontes culturales en la posesión y ejercicio de su oficio; es en éste donde “pesca” el sistema de valores mediante el cual instaura y efectúa sus relaciones con el mundo que lo circunda.

En consecuencia, el pescador siempre ha preferido ejercitar un control directo y personal sobre cada aspecto, sobre cada fase de su trabajo, sabedor de que de cualquier error sólo él y nadie más pagará las consecuencias. En este sentido el pescador es, tradicionalmente, propietario de sus medios de producción, patrón de la barca y de la pesca, “padre” de su tripulación y de la empresa, amo de su embarcación, aunque sea de dimensiones reducidas. Además de poseedor de un oficio entendido como conjunto de conocimientos empíricos y de instrumentos aptos para llevarlo a cabo, el pescador, desde siempre, tiende a considerarse un empresario, armador de sí mismo y no como un trabajador subordinado.

Por eso, no puede desarrollar una conciencia de clase sobre la que los sindicatos han intentado actuar en el pasado, sin conseguirlo. Sucede así que cuando vuelve de su faena, de su salida al mar, el muelle del puerto representa para él las “columnas de Hércules”, el límite a partir del cual se extiende un territorio que no controla y donde no hay nadie que lo pueda proteger, ni siquiera una asociación que sea portavoz eficaz de sus reivindicaciones. Se trata, sin embargo, de un territorio del que inexorablemente depende, porque es en tierra en donde se vende el pescado, su pescado, en cuyo precio no puede ejercer ninguna forma de contratación, y porque también en tierra, periódica e inusitadamente, los “políticos” adoptan normas legislativas que él considera miopes y sólo dañinas. Al igual que cuando sale para pescar está a merced del mar y de los imprevistos del oficio, en tierra está en manos del gestor del mercado y de la política. La experiencia que le ha servido para dominar un elemento aparentemente incontrolable, siempre diverso y cambiante, para orientarse en una inmensa superficie sin fronteras y reconocer el punto “bueno” para echar las redes, las corrientes o los cambios meteorológicos antes de que sucedan, paradójicamente no le sirve para “orientarse” también en tierra. Para ello necesitaría tiempo, propensión a la convivencia y capacidad de mediación, cosas que el pescador no tiene. No conocer significa no fiarse y para quien está acostumbrado y obligado a resolver los problemas por sí solo, significa también no delegar, no confiar a nadie la gestión total de sus exigencias y las de la categoría.

El pescador, vinculado sólo a su trabajo, acostumbrado a disponer de un espacio —el mar— teóricamente ilimitado, en el que no se pueden clavar estacas, construir muros divisorios o fraccionar áreas, sustancialmente susceptible y desconfiado de todo lo que sucede en tierra, de todo lo que allí se establece sobre su cabeza, sobre todo si se trata de leyes que pretendan reglamentar su actividad, ha obrado hasta hace poco tiempo intentando apartarse físicamente, en silencio, sin llamar la atención en los controles, “cambiando de aires” y de zona si fuera necesario, demostrando esa propensión a la movilidad de la que antes hablábamos, relacionada con la posibilidad de salvaguardar sólo su oficio.

Una situación tal ha derivado en la congestión de algunas zonas y puertos y en la sobreextensión de ciertos segmentos de la flota pesquera. Hoy día, por tanto, la emigración ya no es una solución a los problemas. Asimismo, en todos los puertos los controles son ahora más frecuentes y minuciosos para verificar que el pescado capturado sea de la especie y tenga las medidas consentidas y que los aparejos utilizados

para la pesca respeten las normas vigentes; además está prohibida la concesión de nuevas licencias de pesca e, incluso, a través de incentivos económicos se anima a la remoción de estructuras flotantes para la pesca.

El pescador todavía intenta aferrarse, casi con obstinación, a la antigua movilidad física y “mental”, que era su gran arma, pero hoy, también su límite, cuando una normatividad, cada vez más minuciosa y específica, le prohíbe trabajar en los lugares y épocas en los que tradicionalmente llevaba a cabo su oficio. Una legislación que sigue considerando a la pesca como la principal responsable del empobrecimiento de los mares, que restringe las zonas y los periodos en los que se puede pescar, e impone una reducción de las especies que se pueden capturar, pero que no ha conducido, como podía suponer un legislador “miope”, a una completa reglamentación del sector. El pescador, de hecho, si no está impedido por la fuerza, no renuncia a pescar, incluso a veces en condiciones ilegales: no respeta las prohibiciones, invade zonas de pesca prohibidas, perjudica incluso a los colegas y, en definitiva, se hace más huidizo.

Por todo lo que hasta ahora se ha dicho, es evidente que cuanto más grave sea la crisis el pescador piense más que para salir de ella no tiene otra solución que aferrarse con más fuerza a su trabajo, considerado como la única certeza, como la única posibilidad de salvación, la cual hay que llevar a cabo con más intensidad. Quizás es un razonamiento superficial, que se vuelve en contra del propio pescador, pero es también un dato, una respuesta cultural sobre la que se tiene que reflexionar. ¿Por qué el pescador no tendría, una vez más, que basarse en su “habilidad” y en su “astucia” (Giovannoni, 1995), confiar en su propia experiencia y en un oficio que, desde hace generaciones, siempre le ha permitido sobrevivir, del que, por tanto, se siente depositario y naturalmente orgulloso?

Teniendo en cuenta todo lo que se ha dicho hasta ahora, resulta evidente, para todo aquel que quiera intervenir con medidas favorables a la pesca, la necesidad de comprender esta compleja realidad desde cerca, desde el interior y desde lo más profundo, entendiendo las características irrenunciables de un oficio antiguo y *sui generis*, así como los aspectos que culturalmente todavía hoy lo caracterizan, lo condicionan y lo diferencian de los otros. La adopción de una medida así se aconseja a todos los operadores del sector, sobre todo a la hora de normalizar y armonizar la pesca a través de políticas económicas y cuadros normativos, teniendo en cuenta esta diversidad no sólo como un obstáculo para sus objetivos sino también como un problema que hay que estudiar a fondo.

En este sentido es oportuno evitar confrontar y comparar mecánicamente, por un lado, la diversidad, la particularidad, la complejidad de un sistema de normas propias de una realidad local, de una cultura tradicional y, por otro, la “normalidad”, la indiscutibilidad, la garantía del derecho oficial. Como ha recordado recientemente Lombardi Satriani, no es posible ni útil acercarse al derecho popular a partir de categorías provenientes del derecho “culto”, y además presuponiendo una correspondencia literal entre costumbre popular y norma jurídica oficial (Lombardi Satriani, 1994: 62), imaginando por tanto, añadimos nosotros, una posibilidad de trasiego inmediato, de confluencia natural de la primera a la segunda.

Si en cualquier confrontación intercultural la posibilidad de que el grupo hegemónico no someta al subalterno es, al final, una cuestión de voluntad política y de intereses económicos en juego, no se puede, de todas formas, evitar señalar que si existe un deseo efectivo de diálogo entre las dos partes tiene que fortalecerse por el conocimiento profundo y respetuoso de la historia y de los universos culturales respectivos. Nuestra exhortación pretende que se conozca y entienda con atención la realidad social y económica en la que se quiere intervenir, lo que resulta mucho más necesario cuando el contexto del estudio es por un lado huido y por otro inerte, incapaz de expresar, si no de manera fragmentaria y contradictoria, las propias exigencias, los propios puntos de vista, e incapaz, por tanto, de convertir su protesta en una protesta de clase, como sucede a menudo en las sociedades tradicionales.

Hemos visto que nuestro estudio se ha visto enriquecido por investigaciones e iniciativas efectuadas para el conocimiento, el estudio y la divulgación del patrimonio cultural folklórico marino. Más allá de un debate —necesario por otra parte—, sobre la finalidad de operaciones destinadas a la recuperación y valorización del patrimonio cultural, sustrato no sólo material de una realidad histórica y social tradicional, la existencia misma de estas iniciativas y su proliferación se puede interpretar como una señal de un cambio de tendencia, de un interés, si no generalizado sí más difundido, por universos culturales que hasta hace pocos años se consideraban obsoletos con respecto a una contemporaneidad que, sin embargo, proviene de ellos.

Bibliografía

- BALDI, A.
1992 *Segna la rotta e moviti. Tradizioni e specificità culturali di un paese di pescatori*, tesis de doctorado en Etnoantropología, Università della Calabria.
- CIRESE, A. M.
1977 *Oggetti, segni, musei*, Turín, Einaudi.
1985 *Cultura egemonica e cultura subalterna. Rassegna degli studi sul mondo popolare tradizionale*, Palermo, Palumbo.
- CLEMENTE, P.
1996 *Graffiti di museografia antropologica italiana*, Toscana, Protagon Editori.
- CLEMENTE, P. ET AL.
1985 *L'antropologia italiana. Un secolo di storia*, Bari, Laterza.
- FEDELE, F. Y A. BALDI (EDS.)
1988 *Alle origini dell'Antropologia italiana*, Nápoles, Guida.
- GIOVANNONI, V.
1995 *Les pêcheurs de l'Étang de Thau. Ecologie humaine et ethnologie des techniques*, París, l'Harmattan.
- GIOVANNONI, V. (COORD.)
1996 *Anthropologie et droit comparé des pêches en Méditerranée nord occidentale. Les propriétés de résistance, des systèmes de gestion*, Aix en Provence, Commission des Communautés Européennes/DG XIV, Centre d'Ethnologie Méditerranéenne.
- LOMBARDI Satriani, L. M.
1994 “La rimozione del diritto”, en Colajanni A., G. Di Cristofaro Longo y L.M. Lombardi Satriani (eds.), *Gli Argonauti. L'antropologia e la società italiana*, Roma, Armando.
- MAFFEI, M.M. (ED.)
1993 *Guida europea ai musei del mare del bacino mediterraneo*, Roma, Commissione delle Comunità Europee/Ministerio del Turismo e dello Sport.
- MAZZACANE, L. (ED.)
1989 *La cultura del mare nell'area flegrea*, Bari, Laterza.
- PALSSON, G.
1994 *Property rights and practical knowledge: some key issues in social research on fisheries management*, ponencia presentada a Ec/Air Workshop “An Agenda for Social Science Research in Fisheries Management”, Bruselas, 5 y 6 de mayo.
- SANDBERG, A.
1994 *Community Fish or Fishing Communities?*, ponencia presentada a Ec/Air Workshop “Social Issues and the Socio-Economic Paradigm in Fisheries Management”, Bruselas, 5 y 6 de mayo.
- TOGNI, R., FORNI G., PISANI R.
1997 *Guida ai musei etnografici italiani*, Florencia, Olschki.
- WEBER J. (COORD.)
1992 *Le rôle des organisations professionnelles dans la gestion des pêches en Méditerranée (Espagne, France, Italie, Grèce)*, París, Commission des Communautés Européennes/DG XIV Asca.